

El nuevo mundo navegador,
siendo de tierra apartado,
con la sombra del temor
turba y mengua su vigor
viéndose de agua cercado.

Pues así mi corazón,
cercado de insuficiencia,
tiene tan gran confusión
por que saber y razón
huyeron de mi presencia.

Y temiendo peligrar
Aquél que en el mar entró,
su deber es implorar
a la Reina tutelar
le vuelva do se partió.

Aquella Virgen Sagrada,
con la familia piadosa,
que la llevó acompañada
cuando fue a ser coronada
de la mano tan gloriosa.

Ella me quiera alcanzar
del inmenso Dios tal don,
que pueda yo contemplar,
gemir y también llorar
del dolor de tu pasión.

Con esfuerzo de lo cual,
¡oh glorioso redentor!,
con deseo sin igual
de olvidar por tí mi mal,
voy a comenzar ,Señor.

Después de verificada
aquella solemne Cena,
y después de ser alzada
aquella mesa sagrada,
de esplendor y gloria llena;

después que el vil corazón
del falso Judas Señor,
puso en obra su traición,
y acabado aquel sermón
con tanto amor predicado,

pasó nuestro Salvador
con su santa compañía,
lleno de fuego y ardor,
a redimir el error
que cautivos nos tenía.

Hacia el huerto caminaba,
que había de ser prendido
de la gente fiera y brava,
lo cual ya lo procuraba
el Traidor más fementido.

Por aquel camino yendo,
a sus discípulos habla,
doble pena padeciendo,
la suya propia sintiendo,
pero aún los consolaba.

Aquellos brazos preciosos,
humildes se sometían,
oyendo con alegría
sus consejos amorosos.

Llegan al huerto y notad
con qué triste corazón
aquel Rey de gran bondad
les dijo: "Velad y orad,
por no entrar en tentación;

aquí, pues, me esperaréis,
que os quiero un poco dejar,
y mirad que no os turbéis
ni conmigo os acerquéis
hasta que acabe de orar."

Acabada esta misión,
Jesús de ellos se apartó
donde con gran devoción
hizo al padre su oración,
la cual así comenzó:

"Padre mío poderoso,
escucha mi petición
y dame, señor, reposo
a dolor tan congojoso
que cerca mi corazón.

Haz que sea consolado,
pues tengo fatiga fuerte
y me siento acongojado
por tenerme atribulado
esta ansia de la muerte.

Por el pesar que tomaste
de aquella injuria a ti hecha,
a este mundo me enviaste
y con amor condenaste
fuese por mí satisfecha"

y, vista tu voluntad,
obedecí aquel mandato,
y en servir con lealtad
a tu augusta majestad
siempre he tenido cuidado.

Pero la muerte presente
y las ansias y el temor
que esta triste carne siente,
me aqueja gravemente.
Tan gravemente que

te suplico, señor, que,
si es que hacerse pudiese
des alivio a mi tristura
y, si posible fuese,
no gustase ni bebiese
este Cáliz de amargura.

Pero si place otra cosa
a tu infinita bondad,
ve aquí no perezosa
esta mi carne medrosa:
Cúmplase tu voluntad.

Yo siempre quise hacer
Padre, lo que me mandaste
y, si más no pude ser,
aunque lo haya de placer,
cúmplase lo que me ordenaste.

Pero mucho me fatigo
en ver aquestos a quienes
obras les hice de amigo

tratarme a ese enemigo,
desconocidos del bien,
y viendo su perdición
esta mi alma florida,
tengo mi grande afición
por temor de la pasión
que preparan a mi vida.

Ya su oración acabada,
nuestro Dios y redentor,
con ansia inusitada
a do dejó su manada
volvió como buen pastor;

y con razones de amigo
comenzóles así a hablar:
"¿En este trance aflictivo,
aún no podéis conmigo
sólo una hora velar?"

Amigos velad y orad
por no entrar en tentación,
y con toda voluntad
en la eterna majestad
poned vuestro corazón;

y a todo lo que veréis
estad muy bien preparados;
y es preciso os esforcéis
porque luego quedaréis
todos escandalizados.

Cuando San Pedro escuchó
a su Maestro así hablar
esta respuesta le dio:
" Señor, nunca temo yo
me haya de escandalizar".

"No te muestres tan constante,
Pedro, que no lo serás
- le dijo Cristo- que antes
que esta noche el gallo cante,
tres veces me negarás".

San Pedro muy compungido
respondió con buena fe:
" Señor, haré lo que digo

y, si conviene contigo,
morir no te dejaré".

Así nuestro Redentor
sus discípulos dejó,
y fuese con gran ardor
donde con mucho fervor
otra vez al Padre oró.

Y aquella misma oración
que hizo otra vez repetida
y nunca a su petición,
hecha con tal suspensión,
al Padre le respondía:

- "Padre, si habéis ordenado
ser preciso que yo muera,
cúmplase ya tu mandato,
pues que por mi remediado
el linaje humano espera.

Pero con gran aflicción,
Señor y piadoso Padre,
porque sé qué mi pasión
herirá su corazón
le encomiendo aquella madre.

Mis discípulos, señor,
también sean amparados,
que, a causa de mi dolor,
como ovejas sin pastor
andarán descarriados".

Así oraba el Redentor,
pues en tal agonía
de congoja y de temor,
por su cuerpo un gran sudor
de pura sangre corría.

¡Oh paso tan singular
para los contemplativos!
¡Cosa digna de notar,
que le debemos llorar
cuanto fuimos redimidos.!

¡Quién dado que no estuviese
en gran tribulación!

!Oh quién constricto estuviese
con que pensando pudiese
quebrantar my corazón.!

Estando el Rey de los cielos
su oración continuando,
cubierto con aquel velo
de amarguras y desconsuelo,
bajó un Ángel así hablando:

"Señor, tu padre te oyó
con suma angustia y pesar
y nunca te respondió,
pues solo este medio halló
para el mundo remediar.

Que bien debes tu saber
que fue Señor tu venida
para muerte padecer
y con ella guarecer
al mundo de la ignominia;

y dice, pues es dada
contra ti la gran sentencia,
que no será revocada
y así conviene que armada
tu vida esté de paciencia.

Mira los padres que están
dentro del limbo encerrados
y que tú eres el imán
por cuyo medio serán
como esperan libertados.

Concluyó con que él hará
lo que más le encomendaste:
que a tu madre amparará
y tus siervos guardará
como tú se lo rogaste".

Contemplad con que humildad
al embajador oyó
aquel Rey de gran bondad
y con qué benignidad
humilde le respondió:

¡Oh mensajero del cielo,
cuanto ha que te esperaba
con apeteuido anhelo,
pensando que tu consuelo
fuera cual yo lo imaginaba.!

Pero pues mi padre ordena
que así esto haya de hacer,
yo la tengo a dicha buena
el sufrir mayor dolor,
y morir lo tendré por beneficio".

Cuando el Señor acabó
su triste razonamiento
el Ángel se despidió
y la embajada aceptó
por gloria de su tormento.

Contempla qué sentiría
cuando sólo se vería
sin ningún consolador
y cuando hubo acabado
su oración postrimera.

Todo su cuerpo bañado
en aquel sudor sagrado,
a sus siervos se volviera,
los cuales todos halló
en sueño muy sosegado,

pero no los despertó,
hasta que cerca ya vio
a Judas disimulado.

"¡Oh traidor ¿Quién te movió
a hacer tan grande error
y qué idea fatal te dio
quien nunca jamás pensó
en vender a su Señor.

Debieras ser refrenado
de yerro tan excesivo,
por huir de ser llamado
el más traidor y malvado
que jamás se ha conocido.

¡Oh, ingrato engañador,
caudillo de los malvados!
Recordarás que el Señor
con tanta sobra de amor
te perdonó tus pecados.

Mirarás que te libró
del abismo y su poder,
mirarás que te escogió
con los doce y que te dio
gran parte de su querer.

Si estas cosas no mirabas
traidor, cuando le vendiste,
di por qué no te acordabas
del sentimiento que dabas:
A la Virgen malheriste.

En la cual fe verdadera
de madre siempre encontraste.
Acordársete debiera
cuán benigno y manso era
el hijo que le quitaste.

Estas obras, oh, malvado,
no se las agradeciste,
pues por darle más pasión
en señal de galardón,
a su hijo le vendiste.

Si por dinero lo hacías,
cuenta muy errada era.
¿Por qué no se lo decías
a ella,? pues bien sabías
que muriera o te los diera.

Aunque más pobre estuviera
con afán te lo buscara,
y con ruego que ella hiciera
no faltara quien tuviera
piedad y se los prestara".

Cuando ya el redentor vio
que la turba se acercaba,
y observó a aquel fermento
entre el bullicio metido

y que nunca sosegaba.

Con qué angustia, contemplad,
fue a despertar su mesnada
(estas palabras notad)
diciéndole:"levantad,
que ya es la hora llegada".

Aún no despiertos serían,
cuando las voces sonaban
que los judíos traían
y no tan lejos venían
pues junto con El estaban;

y cuando los vio allí
nuestro Dios humilde y bueno
dijo:" A quién buscáis decid."
y ellos dijeron así:
"A Jesús el Nazareno."

El Señor dijo: "Soy yo.
Ved pues lo que queréis".
Luego en el suelo cayó
el escuadrón cuando oyó
aquesto que oído habéis.

Y cuando se levantó
aquella malvada gente
otra vez le preguntó
lo que antes les habló,
por el mismo consiguiente.

Al estar en tal porfía
de lástima grande peno.
"Buscamos con rabia impía
-aquella gente decía-
a Jesús el Nazareno."

Dijo el Señor: "Ya sabéis
que os declaré que yo soy.
Pues a mi solo queréis
libres a estos dejaréis
a mí veis a do estoy.

Entonces aquel traidor,
en todos los males diestro,
se puso junto al Señor

diciéndole sin temor:
"Que te salve Dios Maestro".

Y de esto aún no contentó.
en aquella Santa Faz,
con un infame contento
de ver ya su prendimiento,
le besó con falsa paz.
Cuando los Judíos vieron
a Jesús de él abrazado,
¡contemplad cómo lo hicieron
y los golpes que le dieron
en su cuerpo delicado.!

Considera cuál le echaron
gruesa soga a la garganta
y cómo de ella tiraron
y tirando le arrastraron
aquella su carne santa.

Piensa cómo unos le daban
en su rostro bofetadas
y cómo le coceaban
y cómo otros le tiraban
de aquellas barbas sagradas.

La turba inmunda escupía
aquella cara preciosa;
contempla, pues, lo que haría
la virgen, cuánto sufría
esta nueva dolorosa.

Cuando aquellas cosas vieron
los discípulos amados,
de allí desaparecieron
y escandalizados huyeron
muy medrosos y aterrados.

San Pedro, que allí quedó,
como siempre fue esforzado,
a un judío arremetió
y del golpe que le dio
una oreja le ha cortado.

Cuando nuestro redentor
así pues la vio cortar,
mirando humilde al traidor

con mucho querer y amor
se la puso en su lugar.

Habiendo esto pasado
-San Pedro pudo oírlo-
díjole: "Haz mi mandato.
Mete, Pedro muy amado,
en la vaina ese cuchillo,

que la furia te arrebatara,
pero te quiero advertir,
y míralo bien y acata,
que todo el que a hierro mata
a hierro debe morir.

¿Tú dudas que si quisiera
a mi padre yo rogar,
por auxilio no me diera
ángeles con que pudiera
a todo el mundo sojuzgar?

Pero es forzoso el sufrir
estos males y amarguras,
padecer hasta morir
porque se puedan cumplir
las sagradas escrituras".

Dijo allí luego el Señor
a los judíos muy triste:
"Con armas y gran furor
como ladrón malhechor
a la prisión me trajisteis.

Cuando yo en el templo estaba
y entre vosotros me visteis,
cuando allí os doctrinaba,
cuando bien os enseñaba,
¿cómo nunca me prendisteis?

Aún no acabadas
estas razones serían,
cuando manos osadas
por el Rey nuestro atrás atadas
las tuyas santas tenía,

y de la soga tirando
con extraña crueldad

lo llevaron arrastrando,
sus carnes atormentando
desde el huerto a la ciudad.

Allí lo llevan primero
a la casa de Anás,
que era un vil consejero
en la muerte del cordero,
y luego a su suegro Caifás,

donde estaban esperando
fariseos y escribanos
y los magnates del mando;
todos mucho deseando
ver al justo entre sus manos.

Anás con gran presunción
y atrevimiento decía:
"¿qué es de tu predicación?
¿tus doctrinas, cuáles son?
¿donde está tu compañía?".
Notad con cuanta humildad
el buen Jesús respondió:
"Nunca hice yo maldad,
prediqué siempre verdad
siempre adoctriné bien yo.

No me preguntes a mí,
pues, yo no seré creído,
esos que están junto a tí,
a quien ejemplo dí,
te dirán como he vivido".

El salvador así dando
la respuesta mesurada;
un traidor, saña tomando,
en su rostro humilde y blando
le dio una cruel bofetada;

diciéndole muy enojado,
prorrumpiendo en blasfemar
como engañador malvado
¿Has sido tú tan osado
de así al pontífice hablar?"

Al cual perverso y sin fe
dio el Señor respuesta tal,

mirad qué respuesta fue.
"Amigo, si mal hablé,
da testimonio del mal,

pero si fue mi corazón,
di por qué me heriste
con tanta resolución.
Bastara my aflicción
sin el golpe que me diste"

En semejantes errores
muy grato rato lo tuvieron,
renovando sus dolores
todos aquellos traidores,
y luego después se partían;

mas dejaron ordenado
de que nuestro Redentor
quedase muy bien atado
en un lugar apartado
como reo y malhechor,

dejándole guardas tales
y de tan poca piedad
que redoblaban sus males,
dándole penas mortales
con extraña crueldad.

San Pedro y San Juan andaban
siempre tras de su maestro
para ver en qué paraban
los tormentos de aquel
cuerpo santo y tierno;

y mientras que lo tuvieron
en casa de Anás traidor
con otros se convinieron
y allí dentro se metieron,
donde estaba el Redentor.

La criada que allí andaba
en San Pedro reparó
que al fuego se calentaba
y dijo: "te he visto yo con
Jesús", y él lo negaba.
Entre los que allí se hallaban

hubo quien lo conoció
y entonces le preguntaban
si era de aquel que guardaban
y él dijo: Por cierto, no."

Salió entonces descortés
el que bien le conocía
y dijo por cierto: "él es,
mirad en su altivez
ser quien matarme quería."

San Pedro le respondió
y dijo con juramento:
"tal hombre nunca vi yo
ni el a mi me mandó,
ni hice yo su mandamiento."

En esta vez postrimera
que jurando le negó,
en él junto se cumpliera
lo que el Señor le dijera:
que luego el gallo cantó.

Aunque el salvador pasaba
penas en gran cantidad
al tiempo que le negaba
mirole allí donde estaba
con ojos de gran piedad.

Y como San Pedro vio
el yerro en que hubo caído,
luego de allí se partió
y su pecado lloró,
tiernamente arrepentido.
Habiendo aquesto pasado
-¡Oh, qué noche de dolor!-
siempre nuestro redentor
atado estuvo y muy mal
tratado hasta que amaneció.

Y luego por la mañana,
después, de que amaneciera,
aquella gente tirana
con perversidad insana
a casa de Caifás fue.

Allí juntos los lectores
en acuerdo discurrían
sobre el Señor de señores,
dando trazas a sus dolores
y qué muerte le darían.

Todos en esto acordaron
delante de ellos viniese
y aún apenas lo mandaron
los sayones procuraron
que maniatado fuese.

Y cuando allá lo llevaban,
aquellas gentes malvadas
coces y palos le daban,
tanto que le redoblaban
todas las penas pasadas.

Llegando ya el Salvador
a la casa de Caifás,
como ladrón malhechor
con afrenta y deshonor
las manos puestas atrás

Al punto que lo pusieron
delante del juez -¡qué horror!-
dos mil oprobios le hicieron,
y que era todos dijeron
de muerte merecedor.

"Diciendo esto predicaba
cosas contra nuestra ley:
hijo de Dios se llamaba
y del cetro se apropiaba
diciendo ser nuestro rey."

De entre las turbas salieron
dos viles falsos testigos,
ante Caifás se pusieron
y a grandes voces dijeron:
"Señor, dignate de oírnos.

Nosotros en este día
le acusamos .Vocifera
que este templo desharía
y que de nuevo lo haría
en tres días si quisiera."

Entonces en pie puesto
Caifás, y díjole así
al manso cordero honesto:
"¿qué es lo que dices a esto
que deponen contra ti?"

Nuestro Dios y Redentor
con callar le respondió,
pero con ansia mayor
aquel maligno traidor
otra vez le preguntó,
y dijo: "yo te conjuro
te declares ante nos,
que nada tengas oculto
y me digas si eres puro
Hijo del eterno Dios."

Entonces le respondiera:
"Tú lo dijiste, que,
aunque no te lo dijera,
tu pecho no lo creyera,
por lo cual callarme viste.

No de responder cuidarás
a mi propuesta sentada
ni por ello me exortarás,
y ni por ello dijeras
tu voluntad comenzada

mas digo que te vendrá
aquel hijo de la madre
virgen y se sentará
a la diestra de Dios padre
y las nubes parará."

Entonces Caifás rasgó
los vestidos que traía
y dijo: "ya blasfemó,
y él mismo sea testigo
que la muerte merecías."

Allí las penas doblaron
al cordero consagrado,
y de la soga tiraron
y a Pilatos lo llevaron
a que fuese sentenciado.

Y como Judas le vio
llevar con tal cuerda,
el traidor reconoció
sentía haberle vendido
con codicia y gran maldad.

Los dineros recogió,
y arrojóles en el templo,
confesando que pecó
contra el justo y lo vendió
y que dio mal ejemplo;

y, como desesperó
de su salvación cumplida,
en un árbol se colgó.
Y el malvado allí perdió
el alma y también la vida.

Luego que al Señor pusieron
ante el poder de Pilatos,
con grandes voces que dieron,
muy atrevidos dijeron
aquellos hombres ingratos:

"Este hombre alucinado,
por Rey nuestro se proclama.
Otra ley ha predicado,
tiene al pueblo alborotado
e hijo de Dios se llama.

Pedimos que le des muerte
por su mal vivir. Y firma
la sentencia pues según
la Ley nuestra es,
pues debe cierto morir.

Pilatos le respondió:
"Según la Ley os demuestra,
él muerte no mereció,
ni se la quiero dar yo.
Matadle por manos vuestras."

Pero luego se volvió
hacia aquel manso cordero
y a questo le preguntó:
"Dime te lo ruego yo:
¿Eres tú Rey de este pueblo?"

Respondió Dios verdadero
muy humilde, y dijo así:
"¿Lo dices eso sincero
o hubo, di, algún medianero
que te lo dijo de mí.?"

Pilatos le interrumpió:
"Dime qué es lo que tú hiciste,
¿quién fue el que a mí te envió?
¿no siendo judío yo,
cómo a mí poder viniste.?"

Con profundo desconsuelo,
con dolores tremendos,
le respondió Dios del cielo
diciendo: "No es este suelo
mi casa mi reinado"

Pilatos le replicó:
"Luego rey debes de ser."
Y el Señor le contestó:
"Tú dices que el rey soy yo,
ya lo puedes comprender."

Pilatos luego volvió
hacia aquel pueblo malvado
y le dijo: "No anhelo yo
por qué este hombre mereció
ser a muerte condenado."

Le respondieron de fuera
a Pilatos con furor,
diciendo de esta manera:
"Este hombre a ti no viniera,
si no fuera malhechor."

Dijo Pilatos: "Cuál es el mal
que en este varón halláis
y por qué le acusáis?"
Respondieron: "Pues queréis
saberlo, oíd la razón:

Este hombre ha trastornado
con engaños que él idea,
ha perdido y embaucado
pueblos do ha predicado,

en Samaria y Galilea.

Luego que Pilatos oyó
a Galilea nombrar,
extrañamente se irguió
y por excusa se entendió
de hacerle allí ajusticiar.

Por que muy bien conocía
la inocencia del Señor,
y claramente veía
que de envidia se movía
aquel mal pueblo traidor.
Pilatos luego dejó
a Jesús interrogar
y a los judíos volvió
diciendo no debo yo
a este hombre sentenciar.

Herodes lo ha de mirar
que es de su jurisdicción
yo se lo debo enviar
el halla le quiere dar
el castigo o el perdón.

Pilatos luego escribió
para Herodes un papel
y al cordero le envió
cual yendo padeció
fatiga y dolor cruel.

Cuando el rey Herodes vio
al eterno en su poder
como hacían de el movido
estaba muy resentido
y ahora tubo gran placer

pues muchos días había
que lo deseaba ver
porque la fama decía
que extrañas cosas hacia
y el quería alguna vez

y le dijo oye amigo
eres tú aquel que busqué
tiempo ha como enemigo
y a fin de acertar contigo

los inocentes maté.
Eres tu Aquel que volvió
la vista que era perdida
a aquel que te lo rogó
tú eres el que tornó
de muerte a vida

pues ahora yo te ruego
que por darme a mi placer
y no tengas ningún miedo
que aquí hagas algo luego
de lo que sueles hacer.

A cuanto Herodes habló
nunca jamás el Señor
palabra le respondió
por cuya causa tomó
Herodes señas y fuero

entonces lo despreció,
y que era un loco decía
Mucho al Señor injurió
y esto a los suyos habló
con insultante ironía.

"Es Éste el que me nombrávais
y por Santo lo teníais
es Éste de quien contabais
y tanto de el me alababais
los milagros que sabíais"

Y con desprecio singular
como hombre sin cordura,
mandole luego quitar
sus ropas y cobijar
de una blanca vestidura,

¡contemplad con qué bondad
aquestas cosas sufría
aquel Dios de la verdad.!
¡Contempla alma la humildad
y paciencia que tenía!

Cuando Herodes se cansó
de insultarle y escarnecerle,
después que así lo trató,
a Pilatos lo envió

y éste dijo a la plebe:

"A Éste que me trajísteis
con fama de malhechor,
preguntele como vísteis
y conocí y conocísteis
que estaba exento de error.

Yo- por no prevaricar,-
a Herodes se lo envié.
Él no lo quiso juzgar,
pues me lo vuelve a enviar;
Esto no sin causa fue.

Así pues, claro veis,
nadie condenarle quiere,
no hay por qué no le maltratéis,
si os digo que lo soltéis
y dejéis ir por do quisiere."

Cuando los tercios oyeron
razón que no les convence,
todos grandes voces dieron:
¡Crucifícale -insistieron-
que bien merece la muerte.!

Cuando Pilatos oyó
su maliciosa porfía,
de azotarlo acordó
porque así él pensó
que bien los amansaría.

Y luego por complacer
al pueblo desenfrenado,
sin un instante perder
a Cristo mandó poner
en un lugar apartado.

Y mandole allí dejar
sin ninguna vestidura,
A un pilar lo hizo atar
y mandole preparar
los azotes de amargura.

Buscaron a unos traidores
que crueles le azotaron
redoblando sus furores;

y a nuestro Dios los dolores
el alma le traspasaron.

Así lo ejecutaron
¡con tal violencia y tal gana!
y tanto le atormentaron,
que en su cuerpo no dejaron
una sola parte sana.

Por fin aquellos malvados,
después de muy grande espacio
de venganza ya saciados,
sintiéronse fatigados
del trabajo y del cansancio.
Pilatos que conoció
que bien castigado estaba,
que lo sacasen mandó
y presentarlo acordó
donde la gente esperaba.

Luego que esto hubo mandado
fue de algunos requerido,
diciendo que el azotado,
ya que Rey se había llamado
como Rey fuese vestido.

Con esta idea trajeron
un paño vil desechado,
el más sucio que pudieron
de pintura embadurnado.
Y los hombros le cubrieron

En las manos le pusieron
por burla una cañavera.
Allí palmadas le dieron
y mil aprovios le hicieron
con risas falsas y ¿artera?.

De rodillas se postraban
delante para más burlarse
con unas varas le daban
y las barbas le mesaban
sin dejar que descansase.

¡Dios te salve, Rey, decían,
del pueblo que te premio!
y luego le sacudían

diciendo con ironía
¡profetiza quien te dio.!
Estándole pues hiriendo
su cuerpo tan delicado,
un traidor salió diciendo:
¡pues que Rey eres y entiendo
que debes ser coronado.!

Muy grande prisa se dieron
en la corona buscarle;
de espinas pues la trajeron
y al punto se la pusieron
para mayor tormento darle.

¡Oh Madre si tu supieras
de esta corona espinada,
con qué ansia la movieras
y por tu Hijo quisieras
ser tu antes coronada.!

Pues apenas fue traída
la corona mal hajada,
cuando de muchos asida,
fue reciamente metida
por su cabeza sagrada.

¡Mirad qué dolor sintió
aquel alto Rey del cielo,
y que la sangre reventó,
y por su rostro corrió
con abundancia hasta el suelo!.

Luego de haber acabado
con tanta injuria y horror
y haberlo así atormentado,
azotado y deshonorado
y dado tanto dolor.
De la manera que estaba,
lo hicieron presentar
ante el pueblo que esperaba,
y sin cesar le acusaba
para darle más pesar.

Pilatos dijo con esto:
ved al hombre junto a nos
tan acusado y propuesto
que se apreciaba en aquesto

de ser el hijo de Dios.

Mirad, veis aquí azotado.
Ya veis que viviendo muere,
él está bien castigado,
herido y atormentado.
¡Váyase donde quisiera.!

Los Judíos cuando oyeron
que lo mandaban soltar,
todos grandes voces dieron:
¡crucificarle, dijeron,
no le queráis liberar.!

"Ya sabéis
que es costumbre de guardar,
cuando dos presos tenéis
por la Pascua, ¿no debéis
en su honra uno soltar?"

Y pues esto así sabéis
que pasó siempre jamás
porque vuestra pascua un Rey
decidme cual escogéis
¿a Cristo o a Barrabás?"

Entonces los pervertidos
-sin calcular los extremos-
dieron grandes alaridos
diciendo ya enfurecidos
a Barrabas escogieron.

Pilatos le respondió
diciendo de esta manera:
De Jesús, ¿qué he de hacer yo?
luego el pueblo le tornó
respuesta diciendo: ¡muera!

dijo Pilatos ¿por qué
a este hombre he de matar?
que nunca malhechor fue
nunca causa en el hallé
para tal sentencia dar.

Y siempre en esta porfía:
rehusarlo, sentenciarlo.
Los judíos todavía

-como la envidia crecía-
no cesaban de acusarle.

A Pilatos con afán diciendo:
si a este hombre dejas,
estas nuevas se sabrán,
donde está el César irán
dándole tremendas quejas

y si muerte no le das,
pues tan claro la merece,
sin duda le enojarás,
su confianza perderás
y así tu fama perece.

Pilatos en cuanto oyó
que del César le decían,
en extremo se turbó,
al momento imaginó
que mal con él pondrían.

Y estando en gran confusión
al Señor se volvió a hablar
diciendo:" dame varón
respuesta de una razón
que te quiero preguntar.

A estas injustas quejas
con que el pueblo me importuna
puesto que a ti son ajenas
¿por qué motivo tú dejas
de darle respuesta alguna?"

A todo el Señor cayó
sin palabra devolver.
Luego Pilatos siguió
diciéndole "¿por qué no
me quieres, di, responder?"

En el tribunal, sentado,
Poncio Pilato estaba
-no me libre de cuidado-
cuando una carta le ha dado
que su mujer le enviaba.

En la cual la requería
diciendo de esta manera:

pues que esta noche en visión
grandes cosas he soñado,
"no juzgues ese varón,
pues tendrán más galardón
si haces tal desacato."

Luego que Pilato vio
esta carta contundente,
como había conocido
que sin culpa era traidor,
¡el Salvador a la muerte.!

Él le quisiera acusar
de aquello que le pedían,
más volvió a reflexionar
si le mandase soltar
que el César le acusaría.

Y queriéndose librar
de culpa tan conocida,
mandó luego sin tardar
que al tiempo de sentenciar
agua le fuese traída.

Y con ella se lavó
sus manos diciendo: " ved
que culpa no tengo yo
de este falso injusto, no,
vosotros, ved lo que haced."

Allí todos respondieron
con ademanes siniestros
y grandes voces que dieron
¡su sangre caiga - dijeron-
sobre nos é hijos nuestros!

díjoles Pilatos: "pues
que queréis tanto aquejar,
porque más no os enojéis,
¡hágase cuanto queréis,!
-mandó a Barrabas soltar-.
Y por mi sentencia ordeno

que la muerte sea dada
a Jesús de Nazareno.
En cruz para poner freno
a esa multitud airada

"La Sentencia de Pilatos

¡Yo Pilatos! Juez supremo
y presidente nombrado
por aquel César Tiberio
del alto Imperio Romano
y la inferior Galilea,
con todos estos estados
en el pleito, de una parte
Caifás y el Pueblo judaico,
y de otra el Nazareno.!
Preso, ahora, y acusado,
visto por el contenido
lo pedido y demandado
por Caifás y los escribas
y las leyes que abogaron
por cabeza del procesado
y que se han averiguado.
~~Pues a ver, niega con empeño~~
el tributo a Cesar
y con mucho encanto
ha pervertido los pueblos
y los tiene convocados.
Que hijo de Dios se ha hecho
y lo tiene confesado,
diciendo ser el Mesías
que su pueblo está aguardando.
Por lo cual merece muerte,
por el gran desacato
de haber dicho que es divino
siendo cierto que es humano.

Todo lo cual justifica
por que habiéndose acusado
de ésta y de más cosas
que tiene el proceso largo,
ha dejado convencerse,
porque siendo preguntado
a los cargos que le hacen,
no ha ofrecido algún descargo.
Y por las demás razones
que tiene el pleito cerrado,

administrando justicia hago
por lo cual sentencia mando:
Que a Quinto Cornelio,
con buen escuadrón al mando,
con lanzas y con espadas
y un estandarte romano,
deberá ir en orden
este Jesús escoltado,
llevándolo en pública forma
para ser ajusticiado,
sacándolo de la cárcel
con una soga de esparto
a la garganta pendiente
en forma de ajusticiado.
Y que lo lleve vestido
para que sea señalado;
que cingulo, que no lleve,
ni en la cabeza tocado,
y que después de este modo,

sea a la vergüenza llevado
por las calles frecuentadas.
De los demás sentenciados,
y a la voz de un pregonero
con gritos alertados,
por todos los caminos
vayan su delito pregonando.
Y de esta suerte lo lleven
hasta llegar a lo alto
del cerro de la justicia
que llaman Monte Calvario.
Allí el vestido le quiten
y que unos fuertes clavos
le apliquen hasta que muera,
puesto en una cruz de palo,
en medio de dos ladrones

por que esté más ...
Dimas a su derecha,
Gesta al siniestro lado.
Y que mi dicha sentencia
se observe en todos sus actos.
Y aún lo requerido a todos:
que ninguno fuese solo
a impedir de esta justicia
los preceptos acordados.
Firmada en Jerusalém a

25 de Marzo, pasando ya
5.533 años de la
creación del mundo,
según el Texto Sagrado
y estando ya concluida,
se cierre firmado el AUTO

... continuamos con el sermón ...

¡Oh qué grande vocería
toda aquella gente dio!
¡Oh qué alegría
viendo el fin de su porfía
que la sentencia firmó!.

¡Contempla y llora cristiano,
mira por ti qué pasaba
con aquel Dios soberano
que en todo su cuerpo sano
lugar ninguno se hallaba!

Con la sentencia ya dada
-que el inocente muriese
aquella gente dañada
tuvo presto aparejada
la cruz donde padeciese

el cual luego lo sacaron
de allí do fue sentenciado
en los hombros se la echaron
y de nuevo lastimaron,
y como era tan pesada

muy grande trabajo sentía,
que de la pena pasada
la fuerza estaba menguada
y llevarla no podía
pues yendo tan aquejado.

.....
el supremo Rey del Cielo
del cansancio fatigado,
y de muchos maltratado
cayó sin fuerza en el suelo.

Cuando los Judíos vieron
al Señor tan quebrantado,

¡tal impiedad tuvieron
que sus cabellos asieron
y luego fue levantado!

Viendo lo que padecía
todos a una voz decían
que temían moriría
y que no lograría
la muerte que ellos querían

Porque su mal corazón
del todo quedó vengado,
-consumando la pasión-
tomaron luego un varón
Simón Cirineo llamado.

Fatigado el Redentor
con la carga grande y fuertes
muy menguado su vigor
con la angustia del dolor
iba gastando la muerte

Muchas mujeres que había,
hijos amados perdidos,
de lástima que tenían
por donde el iba seguían
renovando su gemido.

Los corazones quebraban
de llanto hacía el Señor,
y su mansilla doblaban
cuando en la Virgen pensaban
conociendo su dolor.

Diciendo cuando sabrá
lo que padece su amado
-quien piensa que vivirá-
cuando a su Hijo verá
tan herido y maltratado.

La que tanto le alababa
siempre de noche y de día,
grandes bienes de el contaba
cuando su rostro miraba
ningún otro más quería

Y él era para querer,
que nunca a nadie enojó,
hacía a todos placer
y siempre quiso correr
por donde virtud corrió.

Cuando a estas mujeres vio
ir llorando por su bien,
Cristo su rostro volvió
y a decirlas comenzó:
¡Hijas de Jerusalem,

por mí no queráis gemir,
mas por vosotras llorad
y a lo que habéis de parir,
que días han de venir
que lo hagáis más de verdad.

En todo esto el Señor
grande tormenta sentía
y doblaba su dolor
la sangre y el gran sudor
que de su rostro vertía.

Y como ciego se halló,
para su rostro limpiar
-con la angustia que sintió-
prestado un lienzo pidió
para su vista recobrar.

Una mujer que lo oyó,
movida de gran piedad,
su misma toca le dio
y con ella se limpió
aquel Rey de gran bondad.

Y quedó así figurada
en aquel pobre tocado
aquella cara sagrada
que estará allí retratada
hasta el día señalado.

Llegado ya el Redentor
en aquel fatal lugar,
donde por ti pecador,
el tormento y el dolor
con su vida han de acabar.

Ahora notar bien debes
con grande veneración,
cosas que si me creyeres,
todo el tiempo que pudieres
dedica a tu corazón.

Aquel sumo bien trataron
con impiedad, sin mensura.
Mil traidores de Él tiraron
y muy recio le quitaron
sus sangrientas vestiduras

y como se la quitaron
con ira y rabia furiosa
como con fuerza tiraron
los pedazos le arrancaron
de aquellas carnes preciosas
Mas San Juan que conoció
que la vida se eclipsaba
de aquel Dios que tanto amó,
aunque fe no le faltó
la muerte vivo gustaba.

Al punto sin más tardar,
para que a verle viniera,
a la Virgen fue a buscar
para que pudiese llegar
antes que el hijo muriera.

pues piensa ahora cristiano,
en tanto que va San Juan,
¡el gran tormento inhumano
que a nuestro Dios soberano
aquella gente le dan!

Al cual, luego que tuvieron
bien despojado y herido,
allí en el suelo, pusieron
la cruz y en ella dijeron
que fuese luego tendido.

Con muy santa voluntad,
aquel cuerpo consagrado
con paciencia y humildad,
aquel Rey de gran bondad
obedeció aquel mandato.

Como tendido lo vieron
los que así se lo mandaron,
en la Cruz señal hicieron
donde sus manos tendieron
y a donde sus pies llegaron.

Y después que señalaron,
el Señor fue levantado;
y luego la Cruz tomaron
y por allí barrenaron
por donde habían señalado.

Luego otra vez lo tendieron
al Rey Nuestro lo primero,
y de un brazo lo asieron,
un clavo en la mano metieron
haciéndole un gran agujero.

¡Y tales golpes le dieron
por que estuviere bien fuerte,
que sus nervios se encogieron,
y aquellos dolores fueron
más mortales que la muerte.!

Y empezando ya a clavar
la otra mano que faltaba
y otro queriendo hincar
no le podían llegar
donde barrenado estaba.

Porque me lo contaron
lo largo que era debido,
al tiempo que una clavaron,
los nervios se le encorvaron
y estaba el brazo encogido.

¡Y tan gran crueldad pensaron
a fin de que más penase,
que a la muñeca le ataron
sogas de donde tiraron
por que la mano llegase!

Y para poder llegar
donde estaba el agujero,
puedes pensar pecador
de un vigor tan duro y fiero

que podía redundar.

La mano pues ya llegaba
a su lugar. ¡ contemplad
con que vigor fue clavada,
descoyuntada y lligada
con tan terrible impiedad.!

Luego que clavadas fueron
las manos por los malvados,
de sus santos pies asieron
y juntos se los pusieron
con gran crueldad clavados.

Habiendo esto ejecutado,
la cruz en alto pusieron
en su hoyo acomodado,
a donde el pie fue incado
el cual allí lo metieron.

¡Llora y contempla cristiano
por las congojas mortales
que le dio el pueblo inhumano,
solo por librar tus males
a nuestro Dios Soberano!

Allí el cuerpo se acabó
de tanto descoyuntar,
que en todo él no quedó
hueso que no se apartó
de su juntura y lugar.

Cuando esto ya acabaron
de hacerlo, ya sin mesura,
aquellos que allí se hallaron,
suerte al instante echaron
por su padre vestidura.

Para más deshonra dar
y aumentar sus aflicciones,
junto con él a la par
hicieron crucificar
dos malos hombres ladrones.

Imitando al Salvador,
-rencos nunca os enlacen-
pues dijo con grande amor:

!perdónalos tu Jesús
pues no saben lo que hacen.;

Mas ya San Juan ha llegado
donde la Virgen se hallaba,
y embarazoso y turbado,
dolorido y angustiado
entró dentro, donde estaba.

La vio, que estaba apartada,
en viva contemplación
donde con voz desmayada
se refiere su embajada
con dolor y turbación

San Juan no había acabado
de contar la grave pena,
con el rostro demudado
y su cuerpo traspasado
entraba la Magdalena.
Arrancándose oprimida
sus cabellos a manojos,
decía:; Oh madre querida,
anda si quieres ver viva
a la lumbre de tus ojos!

Y prisa te debes dar,
lo más pronto podrás,
que si vamos a tardar,
-según lo vimos tratar-
vivo ya no le verás.

Cuando oyó tan triste nueva
aquella reina sin par,
sus congojas se renuevan
muriendo caso en tal prueba
cual podéis considerar.

Y aunque humilde resistió
la Virgen su destino,
extremo dolor sintió,
mas contando preguntó
a San Juan por el camino.

Díjole San Juan: Señora
el rastro claro hallaréis,
por el cual mi alma llora,

que su sangre es guiadora
y por ella os guiaréis.

Porque tanta le han sacado
los que hoy le atormentaron,
que por donde Él ha pasado,
todo el suelo está bañado
hasta donde lo pasaron.

Luego a la calle salida
fue la compañía preciosa,
contempla en aquella ida
tan cuitada y dolorida
de aquella Virgen gloriosa.

Cuando ella el rostro vio
que su hijo había dejado,
como la sangre miró,
de grave dolor sintió
su corazón traspasado.

Allí gran pena le daba,
allí grande llanto hacía,
allí lágrimas echaba,
y tal compasión mostraba
que al mismo dolor crecía.

Y para su hijo ver vivo
de allí se levanta y sin
un punto que perder,
la vía vuelve a emprender
con su compañía Santa.

Con el ansia que tenía
va gimiendo aunque callando
¡Oh madre que tal sentía,
pues que el llanto crecía,
sus ojos fuentes tornando!

¡Amigas las que paristeis,
ved mi dolor sin igual,
las que marido tuvisteis,
las que amasteis y quisisteis,
llorar con migo mi mal!
Mi angustia fuerte mirad
-que pena es la mía-
mirar que cautiva suerte

que le están dando la muerte
a un hijo que yo tenía.

En El tenía marido,
hermano , hijo y esposo;
de todos era querido
y nunca hombre fue más querido,
más lindo y más hermoso.

Todas al oír callaban,
palabras no proferían,
y tanta pena pasaban
cuando a la virgen miraban
que aún queriendo no podían.

Más aquella que prestó
el tocado al Rey del cielo,
-con que su rostro limpió-
aquella le respondió
pensando darle consuelo.

Y díjole : amiga ,yo
creo que engañada estáis,
que el que por aquí pasó
no era vuestro hijo, no,
según vos las señas dais.

Aunque bien podía estar
en lo hermoso deslustrado,
y podíame engañar,
que según le vi tratar
estaba desfigurado.

Porque os digo, de verdad,
y bien me podéis creer,
que sin haber de El piedad,
nunca tan gran crueldad
en hombre humano vi hacer

De las barbas le tiraban,
en el rostro le escupían,
palos y golpes le daban,
y los que detrás quedaban
con sus lanzas le herían,

Pero bien presto podéis
al Cielo santificaros,

porque entre más tenéis,
quien puede como veréis
su misma cara mostraron.

Porque así cuando pasó
por aquí tan aquejado,
con la angustia que sintió,
un lienzo me mandó
y dile yo mi tocado

El cual, El de mi tomó
con humildad mesurada,
el gran sudor se limpió,
y su cara en el quedó
propiamente señalada.

Y si no me lo creéis
la misma cara es aquesta,
del bien o mal que tenéis,
si es o no la facción ésta
por ella lo juzgaréis.

Cuando la virgen miró
la figura del tocado,
luego el rostro conoció
y un grave dolor sintió
de verle tan lastimado.

La cual dio una exclamación
y un lastimoso gemir,
con angustia y turbación,
con lastimera razón
así comenzó a decir:

"Aquesta ¡oh amiga mía!
es la cara de mi amor,
y esta es la que solía
con la verdad que tenía
quitar al sol su resplandor.

Mas los judíos han dado
en ella tormento tal,
que han puesto en este estado
y los golpes le han tornado
de aqueste dolor mortal."

Y dejando esta razón,

esto al Santo Rostro hablo:
¡Oh carísima visión,
Oh inmensa perfección
quien así te oscureció!

!Oh faz sagrado solían
los ángeles adorar.
Hay cual mal le conocían
los hombres que se atrevían
tu rostro santo a tocar!

Su cara en sangre bañada
va según las muestras siendo,
si el lienzo que la estampaba
en mi corazón sellada
quedará con gran tormento.

Luego de allí la movieron
San Juan y la Magdalena,
la mayor prisa se dieron,
porque ya ellos creyeron
pasado había las penas.

Y apresurado el andar
después del llanto acabado,
pudieron por fin llegar
al dolorido lugar
donde estaba crucificado.

Como la Virgen miró
a su hijo tan querido,
¡quién dirá lo que sintió,
nadie, pues, nadie llegó
a sentir lo que ha sentido.!

Las palabras que decía
eran de gran compasión,
tan tiernas como sabía,
que aquello pertenecía
a su santa discreción.

"Vos nunca a nadie enojasteis
¡Hijo mío y mi Señor!
siempre la virtud amasteis,
siempre hijo predicasteis
doctrina de gran valor.
Siempre fue encontrada

en vuestra boca verdad
porque causa fue tratada,
vuestra carne delicada
con tan áspera crueldad.

Y si habíais de pasar
esa muerte tan forzada,
una os deviera bastar,
que según os veo estar
mil muertes habéis pasado.

¿Dónde está vuestra figura,
donde el rosado color?
¡Oh celestial criatura!
¿Dónde está vuestra hermosura
que es de vuestro resplandor?

Si no queréis con hablar
lastimar mi corazón,
mirad hijo, que el callar
me dá motivo a pensar
que es mucha vuestra pasión."

Y como lejos estaba
la muy llorosa María,
a la gente que miraba
como su hijo penaba
de este modo le decía:

¡Dejadme amigos llegar,
tened compasión de mi,
dejadme ya ahora hartar
de abrazos y de besar
al hijo que yo parí!

¡Dejadme de cerca ver
aquella imagen hermosa,
que mi amor solía ser,
y dejadme reconocer
aquella sangre preciosa!

Como la Virgen le vio
cual nunca le pareció,
con semblante dolorido
y el corazón oprimido,
a su hijo así le habló:

¿A dónde iré o qué haré
Redentor de los mortales?
¿a quién me querellaré,
con quien me consolaré
a quien contaré mis males?

Vos a todos remediáis
con vuestra muerte y pasión;
pero ya que me dejáis
hijo, ved a quien mandáis
que me dé consolación.

Luego que oyó el Redentor
la voz que la Virgen dio,
sepa todo pecador
que le fue mayor dolor
aquel que cuanto sufrió.

Con aquel grande querer
que la Virgen le tenía
dijo: mira ahí, mujer,
a Juan que lo has de tener
por tu hijo y compañía.

Luego a San Juan se volvió
con gran pena y dijo así:
¡Juan madre te doy ahí!
así Juan la sirvió
y acompañó desde allí.

ya las palabras cesaron
de la virgen nuestra luz,
y los sayones tomaron
una tabla y la clavaron
en lo alto de la cruz.

Puesto en ella un monte bueno
en griego, latín, y hebraico,
mote de verdad muy lleno,
este es: "Jesús Nazareno,
el rey del pueblo judaico."

Cuando los judíos vieron
tal rótulo puesto allí,
a Pilato le dijeron:
las letras que se escribieron,
no digan señor así.

Digan:" este se llamó
rey del pueblo israelita".
Pilato le respondió:
aquello que se escribió,
eso mismo quede escrito.

Los que por allí estaban
del Redentor se reían,
y muy grandes voces daban,
se mofaban y burlaban,
y de esta suerte decían:

Veamos pues lo que harás
si eres el hijo de Dios,
para ver que poder has
Tú dijíste que en tres días
el templo con tu poder
lo desharías y harías.

Pues si tales cosas podrías,
puédete a ti guarecer,
el uno de aquellos dos
ladrones puestos allí
le dijo así: Tú eres Dios,

sálvate a ti y salva a nos
y creeremos en ti:
Respondió Dimas, ladrón,
que estaba a la mano diestra,
y le dijo: ¡calla varón!

Que, por cierto, tu razón
es mala y por tal se muestra,
bien sabes que aquesta
pena, nuestra culpa la mereces
más Éste por culpa ajena.

A la muerte se condena
y sin culpa la padece;
y volviendo al Salvador,
compadécete si quieres,
le dijo con gran fervor.

De mí acuérdate Señor
cuando en tu reino estuvieres,
la Divina Majestad,

a esta razón sumiso,
dijo con benignidad:
Tu serás hoy de verdad
conmigo en el paraíso.
Luego con eco sombrío
dijo muy acongojado
-de ello no llegamos olvido-

¡Oh Dios mío, oh Dios mío!
¿por qué me has desamparado?
dijo luego: gran sed
De este nuestro Dios eterno
y declarando el por qué.

Gran sed de librar fue
las ánimas del infierno,
pero al revés lo entendieron
los falsos con coraje
que vinagre y hiel trajeron.

Y de ello al Señor le dieron
un muy amargo brebaje.
Nuestro sacro Redentor
ya su muerte cerca viendo,
dijo con mortal dolor:

"en vuestras manos Señor
mi espíritu os encomiendo".

Y porque era gran razón
cumplirse las escrituras,
dio a la vida conclusión
diciendo: ¡acabados son
mis dolores y amarguras!

Ya la cabeza inclinó
hacia a donde estaba su madre,
y nuestro bien consumó,
pues el Rey Eterno dio
el espíritu al padre.

¿Quién es el que contemplando
en esto no ha compasión?
¿Quién es tan duro que estando

en este paso pensando
no le quiebre el corazón?

¡Oh Virgen atribulada
y afligida! ¿qué sentistes
cuando la vistes bajaba
la cabeza e inclinada
al Hijo que tu paristes?

¡Oh quién jamás apartase
tu dolor de tu memoria!
¡Oh quién gimiese y llorase
por qué camino llevase
para gozar de la gloria!

Habiendo ya consumado
nuestro Redentor su vida
Longinos muy alentado,
rasgó su sacro costado
con una lanza atrevida.

Y éste a que al Señor hirió,
la vista estuvo perdida,
y en sus ojos le tocó
la sangre y agua vertida,
y al punto la recobró.

Entonces se oscureció
todo el resplandor del mundo;
el sol claro se eclipsó,
toda la tierra tembló
hasta el abismo profundo.

Las piedras se sacudieron
unas a otras sin piedad;
los monumentos se abrieron,
muchos santos resurgieron
que fueron a la ciudad.

Hizo gran mudanza el cielo
dolor el aire mostraba.

.....

El final es evidente que no concluye claramente, pero por la situación del relato no debían de existir muchos más versos. Era costumbre en los autos el remate con una moraleja o consejo.